

Transferencias y atracciones

Impacto de la ultraderecha del Este en el mapa político europeo, 1991-2017¹

FRANCISCO VEIGA

Profesor de Historia Contemporánea en la Autònoma de Barcelona (UAB), GReHa, EuHu

CARLOS GONZÁLEZ-VILLA

Investigador del Center for Advanced Studies-South Eastern Europe (Universidad de Rijeka). GReHA, EuHu



RESUMEN

Desde el final de la Guerra Fría, el surgimiento de los partidos y movimientos de extrema derecha en Europa del Este ha tenido una influencia cualitativa en el desarrollo de la extrema derecha Europa Occidental. Este fenómeno no ha tenido lugar de manera preferente a través de la imitación ideológica, sino mediante dos vías concretas. Por un lado, debido a la movilización de la extrema derecha occidental en los sucesivos conflictos bélicos, de la antigua Yugoslavia a Ucrania. Por el otro, la llegada de la extrema derecha oriental, con un estilo propio, al Parlamento Europeo entre 2004 y 2007, contribuyó a configurar nuevas familias políticas.

Palabras clave: Partidos de Extrema Derecha, Europa del Este, Neoliberalismo, Paramilitarismo, Unión Europea, Posguerra Fría.

RESUM

Des del final de la Guerra Freda, el sorgiment dels partits i moviments d'extrema dreta a Europa de l'Est ha tingut una influència qualitativa en el desenvolupa-

¹ La presente, es una versión extendida y actualizada de: "Подавать пример. Влияние и воздействие новых ультраправых востока Европы на запад" (con Francisco Veiga, primer autor) ["Predicando con el Ejemplo: Influencia e Impacto de la Nueva Ultraderecha desde el Este al Oeste de Europa, 1991-2015"], *Bereginya* 31 (2016): 194-203

ment de l'extrema dreta Europa Occidental. Aquest fenomen no ha tingut lloc de manera preferent a través de la imitació ideològica, sinó mitjançant dues vies concretes. D'una banda, a causa de la mobilització de l'extrema dreta occidental en els successius conflictes bèl·lics, de l'antiga Iugoslàvia a Ucraïna. De l'altra, l'arribada de l'extrema dreta oriental, amb un estil propi, al Parlament Europeu entre 2004 i 2007, va contribuir a configurar noves famílies polítiques.

Paraules clau: Partits d'Extrema Dreta, Europa de l'Est, Neoliberalisme, paramilitarisme, Unió Europea, Postguerra Freda.

ABSTRACT

Since the end of the Cold War, the rise of the far-right movements and parties in Eastern Europe has had a qualitative influence on the development of the far-right on the Western part of the continent. This phenomenon has not primarily taken place through ideological imitation, but through two concrete means. Firstly, by way of mobilization of far-right and neo-fascism in the wars in the former Yugoslavia and Ukraine. In the second place, the arrival of Eastern European far-right parties to the European Parliament since 2004 and 2007, with their distinctive modes, contributed to define new political families.

Keywords: Far-Right Parties, Eastern Europe, Neoliberalism, Paramilitarism, European Union, Post-Cold War.

Los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial supusieron una restricción intensa y constante a los partidos neofascistas o ultraderechistas culpables de haber desencadenado la contienda. Así, en Europa occidental lograron sobrevivir, con dificultades, formaciones como el Nationaldemokratische Partei Deutschlands (NPD), en Alemania; el Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ) en Austria; o el Movimiento Social Italiano (MSI). En Europa oriental, dentro del denominado bloque soviético, nada de esto fue posible. Sin embargo, veinticinco años después del final de la Guerra Fría, la influencia de la cultura política de la ultraderecha del Este en Europa occidental es notable. Los estudios al uso inciden en el pantanoso terreno de las interinfluencias en el discurso político, un tipo de planteamiento muy usual en las modernas corrientes de la politología. Sin embargo, desde un punto de vista historiográfico resulta más concluyente atenerse al estudio de los modelos y sus hechos.

Los orígenes soviéticos

El final de la Guerra Fría supuso un cambio apreciable con la reaparición de los partidos ultraconservadores y neonazis en los antiguos países socialistas. De hecho, los precedentes ya se encontraban presentes en algunos regímenes, antes de la caída del Muro, bajo la forma de asociaciones culturales o tendencias nacionalistas fraccionarias dentro del partido oficial o toleradas por el régimen. En el primer caso está el ejemplo de Pamyat, agregado de diversos grupos que se van coordinando desde finales de los años setenta y comienzos de los ochenta en torno a la celebración del 600º aniversario de la batalla de Kulikovo (1980). A partir de 1985, varias escisiones terminaron dando lugar al denominado Frente Nacional-Patriótico "Pamyat", dos años más tarde. De entre las figuras a destacar que pasaron por Pamyat sobresale Alexander Barkashov, quien en octubre de 1990 fundaría Unidad Nacional Rusa [*Русское Национальное Единство*]

Otro ejemplo, bien conocido es el de la figura de Slobodan Milošević, en Serbia. Dirigente de la Liga de Comunistas de Serbia (LCS), ascendió en el escalafón del Partido gracias a sus buenas relaciones. Pero desde 1987 utilizó el conflicto de la provincia autónoma de Kosovo para hacerse con el control de partido, aupándose en el creciente nacionalismo serbio. Entre un número creciente de intelectuales serbios se pusieron de moda estas actitudes nacionalistas y su atención se dirigió hacia el principal foco de problemas que tenía la república: Kosovo. A lo largo de 1988 y 1989, Milošević atrajo en torno a su figura, y a la LCS a las nuevas corrientes del ultranacionalismo serbio. Sin dejar de presentarse como marxista, continuó, sustituyendo en sus discursos los términos "camarada" por el de "hermano" y "clase trabajadora" por "nación". A lo largo de 1988, decenas de miles de nacionalistas serbios organizaron más de sesenta exaltadas manifestaciones y mitings en diversas ciudades y pueblos de la república, en universidades y factorías, en sindicatos y reuniones del Partido. A eso se le denominó la "revolución antiburocrática".

La ofensiva nacionalista que impulsó Milošević no fue ni mucho menos tan original en el contexto de la Europa del Este a fines de la década de los ochenta. Por aquella época hubo intentos similares en otros países para reactivar los moribundos partidos comunistas recurriendo al aliento nacionalista, y en todos ellos la operación obtuvo éxito. El signo "positivo" o "negativo" dependió mucho del enfoque que le dieron los medios de comunicación occidentales, un factor que tendría bastante importancia pocos años más tarde para entender el auge del ultranacionalismo en todo el continente europeo.

Un caso muy similar al serbio tuvo lugar en Hungría. En 1986 despuntaron nuevos políticos reformistas, entre ellos Imre Pozsgay. Éste con las simpatías de todo un grupo de intelectuales nacionalistas moderados y populares, estuvo detrás de las movilizaciones a favor de los húngaros de Transilvania, supuestamente maltratados por el gobierno rumano. La iniciativa tuvo un enorme éxito y sacó a las calles de Budapest a miles de húngaros que protestaban contra la política de la vecina Rumania. El espectáculo resultaba muy sorprendente, porque por entonces tanto Hungría como Rumania formaban parte del bloque comunista, y la campaña encabezada por Pozsgay era de signo claramente nacionalista. Pero a finales de los ochenta Hungría tenía un régimen aperturista mientras en Rumanía el impopular y tiránico Nicolae Ceaușescu se negaba a cualquier tipo de cambio. Eso hizo que desde Occidente se aplaudiera a los húngaros y se culpabilizara a los rumanos. Pero en esencia, la maniobra intentada por Milošević y la que protagonizaba Pozsgay eran muy parecidas: denunciar la suerte de los compatriotas “abandonados” en manos de los extranjeros para, de esa forma, consolidar el propio poder y reanimar con nacionalismo al agonizante comunismo.

Por supuesto, los agresivos modos de los nuevos nacionalistas serbios, que ya se mezclaban con el recuperado entusiasmo de los que apoyaban al régimen comunista, también recordaban el estilo del nacionalismo polaco de raíz religiosa, reactivado por el sindicato *Solidarność* (Solidaridad) desde 1980. Las procesiones con popes o el periplo de los restos del príncipe Lazar que se estaban viendo en Serbia tenían su equivalente en las ceremonias religiosas en los astilleros de Gdansk, las procesiones al santuario de Częstochowa o el delirio colectivo provocado por la visita del Papa Karol Wojtyła en junio de 1979. Los medios de comunicación occidentales se extasiaron ante los unos y se mofaron de los otros, pero en realidad formaban parte de un mismo discurso político.

Fusiones antinaturales

La segunda y tercera fases del auge del ultranacionalismo en Europa del Este coinciden prácticamente en el tiempo: se extienden a lo largo de los violentos conflictos políticos y bélicos acaecidos en el Este a lo largo de los años noventa. En primer lugar, como una consecuencia de la evolución del nacionalismo en algunos países de la órbita soviética en los años ochenta, tenemos la connivencia e incluso simbiosis y, ocasionalmente, fusión política entre grupos y partidos de ultraderecha y ultraizquierda en los nuevos regímenes post-soviéticos. En Yugoslavia, 1989 vio la reactivación del movimiento chetnik en torno al 600 aniversario de la Batalla de Kosovo-Polje. Eso incluyó el nombramiento de Vojislav

Šešelj como voivoda y vladika del movimiento por parte de Momčilo Đujić, el último gran comandante chetnik sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial y líder del histórico Consejo Nacional de Defensa Serbio de América. En marzo de 1990 Šešelj y Vuk Drašković fundaron el Movimiento de Renovación Serbio Serbian (SPÖ) y menos de un año más tarde se integró en el Partido Radical Serbio (SRS), figurando como presidente. Estas fuerzas, partidarias de crear una Gran Serbia, nacionalmente pura, con sus propias fuerzas paramilitares que combatieron en Croacia y Bosnia-Herzegovina, apoyaron activamente al presidente Milošević y, por lo tanto, a su Partido Socialista, heredero de la Liga de Comunistas Serbios. Y fueron respaldados por él, recibiendo armas y dinero, y facilitando su inclusión en coaliciones de gobierno. Lo mismo sucedía con Željko Ražnatović, más conocido como “Arkan”, quien formó su propia unidad paramilitar la Guardia Voluntaria (SDG) y terminó fundando su propio partido, el Partido de Unidad Serbia (SSJ). En algunos momentos, esta pequeña formación neofascista sirvió para contrabalancear al SRS en el delicado juego de equilibrios políticos que manejaba Milošević.

Por lo tanto, estos fueron los años dorados de la connivencia entre las tendencias socialistas-nacionalistas radicalizadas, con la alianza con grupos políticos ultra, bien abiertamente neofascistas, a medio camino entre éstos y los nostálgicos por el antiguo régimen comunista. En Rumania, por ejemplo, se concretó en la denominada Cuadrilateral roja o pacto de gobierno entre el Partido de la Socialdemocracia en Rumania (PSDR) en el poder con formaciones ultras, como el Partido de Unidad Nacional Rumana (PUNR), Partido Socialista del Trabajo (PSM) o Partido de la Gran Rumania (PRM) que duró prácticamente desde enero de 1995 hasta la primavera de 1996, en que comenzó a cuartearse².

El fenómeno fue bien conocido en su variedad rusa, quedó plasmado, por ejemplo, en el Frente de Salvación Nacional [*Фронт Национального Спасения*], constituido en octubre de 1992, el cual agrupaba a comunistas, socialistas y ultranacionalistas, unidos en su desafío a las reformas neoliberales impulsadas por Boris Yeltsin. La combinación era formidable, pues agrupaba a intelectuales ultras, disidentes de la era soviética (como el matemático Igor Shafarevich, uno de los fundadores del FSN), un conocido partido nacionalista duro, con líderes que eran antiguos diputados del Soviet Supremo, como era el caso de Unión del Pueblo Ruso [*Российский общенародный союз*], militares, o dirigentes de la nueva reagrupación comunista, como Gennady Ziuganov, quien devendría Primer Secretario del Partido Comunista de la Federación Rusa. El FSN, que incorporaba también a intelectuales y periodistas de ultraderecha, recibió el apoyo de las estrellas emergentes de la nueva ultraderecha rusa, como el eurasianista Alek-

² Veiga (1997): pp. 49-66

sandr Dugin y su periódico *Dyen*, y el nacional-bolchevique Eduard Limonov. Pero fuera del FSN, en las barricadas callejeras también hacían frente común los comunistas de Rusia Trabajo [Трудовая Россия] con militantes de Unidad Nacional Rusa y veteranos antidisturbios desmovilizados.

Formaciones paramilitares

La tercera fase se solapaba con la segunda en aquellos países del Este mencionados: Rusia y Serbia. Consistía en la aparición de formaciones paramilitares emanadas de opciones políticas de ultraderecha o puramente neofascistas. El ejemplo más conocido es el de las HOS (*Hrvatske obrambene snage* o Fuerzas Croatas de Defensa), brazo paramilitar del Partido Croata del Derecho. En los momentos álgidos de la guerra en Croacia, el HOS llegó a movilizar varios batallones, una fuerza que acabó atemorizando al propio presidente Tudjman, un ex comunista escorado hacia el ultranacionalismo. No por casualidad, dos de los jefes más prominentes de las HOS cayeron víctimas de verdaderos crímenes de estado. Además, en el HOS confluyeron voluntarios internacionales procedentes de los correspondientes partidos neofascistas y neonazis. La revista *The New Order* editada en los Estados Unidos publicó un entusiasta reportaje sobre los nacional-socialistas que luchaban en Croacia³ llegados de Francia, Alemania, Austria, Inglaterra, Bélgica, Hungría y Australia. Allí, el voluntario francés Michel Faci explicaba sus aventuras en el seno de una unidad especial comandada por un tal “Major Chikago” en el frente de Vinkovci, Eslavonia Oriental, a finales de 1991. La prensa occidental de la época apenas hacía mención de este ambiente, lo cual generaba una situación inquietante, dado que la recién nacida República de Croacia era el primer estado europeo que acogía a combatientes fascistas desde la Segunda Guerra Mundial.

Por supuesto, las milicias chetniks en Serbia, los voluntarios de Arkan, la Liga Patriótica bosnio-musulmana de Sefer Halilović o el UÇK de los albaneses de Kosovo fueron todos ellos representantes del sarampión de formaciones paramilitares ultranacionalistas que florecieron durante las guerras de secesión yugoslavas, entre 1991 y 2001. Pero el fenómeno, aunque erupcionó con fuerza en los Balcanes occidentales, donde esas unidades llegaron a tener en algunos casos entidad de pequeños ejércitos o voluntad de serlo, también se manifestó en las diversas repúblicas ex soviéticas o en la misma Rusia. Allí, la mencionada Unidad Nacional Rusa constituyó sus propias milicias que contribuyeron a la defensa de la Casa Blanca durante el golpe de Boris Yeltsin, en octubre de 1993, así como en algunos golpes de mano. De hecho, la capacidad operativa de estas

³ “National Socialists fight in Croatia!”, en: *The New Order*, nr. 102, January-February, 1993 [104], pags. 1 y 2. Agradezco a Xavier Casals fotocopia del documento.

unidades pervivió durante mucho tiempo. En 1999, la policía rusa pidió la colaboración de seguidores locales de Unidad Nacional Rusa en las operaciones antiterroristas en el Cáucaso⁴.

Por parte ucraniana, los paramilitares neonazis de la Asamblea Nacional Ucraniana – Autodefensa Popular Ucraniana [Українська Національна Асамблея-Українська Народна Самооборона, УНА-УНСО] precedieron a la constitución oficial del partido, en 1994. Cuatro años antes, se había reunido el primer núcleo en torno a un grupo de veteranos ucranianos de la guerra de Afganistán; y pronto se implicaron en todos los conflictos que pudieron, comenzando por el proceso independentista lituano y continuando por el fracasado golpe de agosto de 1991 en Moscú, siguiendo con choques con la minoría rusa en Kiev y Crimea y voluntariado en los conflictos del Cáucaso, en Chechenia, y Abjazia.

Así, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, resurgió en suelo europeo un activismo ultranacionalista y neofascista bien armado y equipado, algo que hubiera resultado inconcebible en la mitad occidental del continente sólo diez años antes del final de la Guerra Fría. Pero tan llamativa como ese fenómeno, fue la rapidez con la que se acostumbró al fenómeno la prensa occidental, en el torbellino de la descomposición de la Unión Soviética y las guerras de Yugoslavia. Los grandes medios comerciales optaron, simplemente, por decantarse por los “buenos” frente a los “malos”, por los anticomunistas o los freedom fighters, sin tratar de denunciar el trasfondo ultra o neofascista que poseían parte de esos grupos paramilitares; o, sencillamente, sacándole importancia al hecho. Pero si que se apercibió de ello la ultraderecha europea, que desde Occidente envió allí a sus voluntarios, que no tuvieron ambages –todo lo contrario– en admitir que sus motivaciones eran abiertamente revivalistas. En 1993, el voluntario nacional-socialista francés Michel Faci explicaba en *The New Order*:

“Nuestra tarea consistió en mantener el pueblo de Komletinci, el punto más avanzado de la defensa croata en el frente de Vukovar... en la mañana del 19 de diciembre de 1991 fuimos atacados por cerca de 1.200 serbo-comunistas. ¡Pero no sabían que habíamos pedido –y recibido– seis tanques T-55 la noche anterior! Nuestros carros contraatacaron y echaron a los serbios, que tuvieron diecisiete muertos. ¡Creo que fue el primer ataque nacional-socialista de carros de combate desde abril de 1945!”

Externalización, *warlordism*, mafias y nacional-futbolismo

El proceso de liberalización económica a escala global que siguió al final de la Guerra Fría, con su secuela de privatización y/o externalización de diversas funciones propias de los Estados, también contribuyó a “normalizar” esa imagen de

⁴ Mareš & Stojar (2012): p. 165

unas milicias neofascistas armadas hasta los dientes y operando en conflictos armados a gran escala. Un buen ejemplo de todo ellos fue la expansión del negocio de la seguridad privada, lo que incluía a las empresas militares privadas. A diferencia de las clásicas compañías de mercenarios de los tiempos de la Guerra Fría, las compañías –básicamente estadounidenses– operaban bajo la supervisión del gobierno y al servicio de intereses que solían ser los de Washington en política exterior.

De otra parte, este tipo de operaciones interactuaban con el extenso mundo de la *intelligence outsourcing*, característico también de la Post Guerra Fría⁵. Estas agencias, complementando a las estatales, trabajaban a su vez para las PMCs o *defense contractors*, algunos de gran envergadura. Por supuesto, habían tenido un marcado protagonismo en los conflictos de la Posguerra Fría, desde aquellos acaecidos en los Balcanes, a los de África subsahariana, Oriente Medio, el Cáucaso o Ucrania. Y no habían faltado las operaciones de apoyo a todo tipo de grupos paramilitares, incluyendo los de ultraderecha.

Esta variedad de combinados paramilitares no siempre resultó eficaz. Pero eso tampoco era necesariamente tan importante dado que una parte de la justificación de tal entramado residía en transmitir la imagen de “nueva era” irreversible. Lo cual resultaba sencillo, dado que la mayor parte de los regímenes socialistas habían desaparecido y por lo tanto el complejo paramilitar ya no tenía enfrente a aquellas milicias o ejércitos de ideología marxista que lo sustentaban. De hecho, antes de desaparecer, habían dado pruebas de su escasa valía militar: tal había sido el caso de las milicias de la Guardia Patriótica rumana que Nicolae Ceaușescu intentó movilizar, en vano, contra las multitudes alzadas en diciembre de 1989. El mismo Ejército Federal Yugoslavo fracasó en la tarea de evitar la secesión de Eslovenia y aplastar a los paramilitares nacionalistas croatas en 1991. Precisamente, a partir del final de la Guerra Fría, las nuevas milicias de la ultraderecha cumplieron a la perfección con el papel de “verdadero pueblo en armas” contra las “falsas masas” armadas de los dictadores comunistas.

De hecho, los entramados paramilitares contribuyeron a la expansión de otro fenómeno: el *warlordism*, que no era sino el enquistamiento de entramados paramilitares al servicio de figuras concretas, señores de la guerra que actuaban como autoridades político-militares en zonas conflictivas. Aunque más transitorios, hacen figura de señores de la guerra, entre 1991 y 1995, personajes como: Ante Paradžik, el que llegó a ser poderoso líder las HOS croata; Gojko Šušak, el rico empresario de la emigración y consejero de Tudjman; el ya mencionado Zeljko Ražnatović más conocido como Arkan, en Serbia; el albanés Hashim Tha-

⁵ Shorrock (2008)

çi, uno de los líderes de referencia del UÇK kosovar, y posteriormente estadista en la nueva república. En cualquier caso, lo característico del *warlordism* es su peculiar relación con el Estado, dado que su objetivo no es conseguir la independencia sino mantenerse dentro de ese mismo Estado pero con un cierto grado de parasitismo⁶.

A su vez, los entramados paramilitares y los señores de la guerra tendían a desarrollar diversos grados de conexión con otro de los fenómenos que venían experimentando un auge manifiesto en la generación que sucede a la caída del Muro: las mafias. Desde China o Rusia hasta Latinoamérica, pasando por las organizaciones criminales ancestrales surgidas en Italia. Aparte de que las mafias estaban particularmente bien preparadas para aprovechar la oleada de liberalización económica que siguió al final de la Guerra Fría, desbordando los marcos estatales, explotando los huecos legales de las organizaciones internacionales y navegando a sus anchas en la liberalización de los mercados de capitales y trabajo. Por otra parte, *warlordism* y mafias son conceptos que se solapan con extrema facilidad y desde su posición de entidades paraestatales, parásitos del Estado, encontraban un fértil terreno de crecimiento en aquellos países en los cuales se habían hundido los regímenes socialistas pero todavía no se habían consolidado (o ni siquiera aflorado) democracias liberales y estados de derecho.

En ese contexto poseían especial utilidad algunos actores bisagra y plaques tournantes que jugaban papeles aparentemente secundarios. Uno de ellos era el negocio del fútbol, poco estudiado en este papel porque precisamente podía cumplirlo a la perfección por su carácter de mito inatacable. En un mundo de estados nación difuminados y una creciente desideologización, el club de fútbol era la nueva patria chica abierta a todo aquel que la quisiera hacer suya, dado que ni jugadores ni seguidores tenían por qué ser necesariamente compatriotas reales. Esta peculiaridad ha sido citada muchas veces como ejemplo de la capacidad integradora del fútbol en un mundo globalizado abierto a las grandes migraciones⁷. En realidad era eso y lo contrario: la versatilidad del fútbol como fenómeno metapolítico se acrecentó desde la irrupción de la política de masas tras la Primera Guerra Mundial y cobró una dimensión avasalladora con su transformación en un espectáculo televisivo, desde los años sesenta del siglo XX. En las postrimerías de la Guerra Fría, el poder que le supuso eso a los clubs hizo de ellos plataformas de influencia diplomática o política –el bien conocido caso de Silvio Berlusconi apoyando su propia carrera en el AC Milan– el trasiego de

⁶ Biró (2015): pp. 51-65

⁷ Kuhn (2011): p. 63

importantes capitales -con el riesgo de terminar blanqueándolos a gran escala⁸- o la reivindicación nacionalista, generalmente escorada hacia el ultranacionalismo en el seno de sociedades afectadas por déficit democrático: el nacional-futbolismo. Traspasar fronteras éticas y terminar implicados en negocios mafiosos o reclutando socios y seguidores para grupos ultras e incluso paramilitares han sido fenómenos cada vez más habituales en los últimos treinta años. En el marco de los conflictos en Yugoslavia es bien conocido que muchos hooligans del Estrella Roja se alistaron en la Guardia Voluntaria de Arkan⁹; algo que, al fin y al cabo, era el capítulo final del largo enfrentamiento nacionalista vehiculado por el fútbol en la Yugoslavia post-titoísta de los años ochenta y que tuvo su manifestación más violenta en el partido entre el Estrella Roja y el Dínamo en el estadio Maksimir de Zagreb, el 13 de mayo de 1990, convertido en campo de batalla entre los ultras serbios (Delije) y croatas (BBB)¹⁰. Sin embargo, ultranacionalismo y fútbol era un fenómeno habitual en la mayor parte de los países del Este, desde Polonia a Ucrania, pasando por Hungría. Lo cual se inspiraba en las tendencias tradicionalmente desplegadas por los hooligans británicos, desde hacía años: ellos fueron los verdaderos acuñadores de actitudes y métodos, asociados también al ultranacionalismo. Todo ello ayuda a comprender por qué el surgimiento de milicias ultranacionalistas y neonazis en los años noventa (y después) fue percibido de forma decreciente por la opinión pública europea e internacional como un suceso particularmente rechazable o políticamente muy peligroso.

En conjunto, en el periodo 1990-2008 floreció a gran escala lo que Loretta Napoleoni definió como “economía canalla”¹¹, que no fue sino la expansión de un neoliberalismo particularmente virulento a escala mundial. Tanto en el mundo occidental como en los países de lo que había sido el bloque del Este, una parte de la población evaluaba esta situación con una mezcla de sentimientos que iba de la esperanza a la codicia. El crack de 2008 y la recesión que le siguió, atemperaron mucho los entusiasmos y ensoñaciones sobre la promesa neoliberal de una clase media universal. Pero hasta entonces, el espantajo de un posible involucionismo soviético, el rechazo del modelo socialista real y la reducción de su historia a los escándalos y crímenes de tiranos, a la corrupción e ineficacia, permitían justificar -aunque fura implícitamente- o restar importancia al resurgimiento de

⁸ “La OCDE ve al fútbol como ‘vehículo perfecto’ para el blanqueo de capitales”, por Ramón L. Lavin, Expansión.com, 1.07.2009 [Consultable en red]

<http://www.expansion.com/2009/07/01/economia-politica/1246465029.html> vid. asimismo: Olmos Gilarranz (2012)

⁹ Foer (2009): pp. 7-13

¹⁰ Foer (2009): pp. 13-22; “Fudbal, huligani i rat”, by Ivan Čolović, e-novine.com, 30.09.2009 [Consultable en red] <http://www.e-novine.com/srbija/srbija-tema/30514-Fudbal-huligani-rat.html>

¹¹ Napoleoni (2008)

una ultraderecha y hasta de un neofascismo que, paradójicamente, pronto iba ocupar el hueco –cada vez más extenso y profundo– dejado por la izquierda.

De Haider a Breivik y el ámbito nórdico

La llegada del siglo XXI trajo cambios, tanto en calidad como en intensidad. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 tuvieron una marcada influencia sobre el desarrollo de la ultraderecha en Europa y América, sobre todo a partir del momento en que el presidente George W. Bush lanzó la “guerra mundial contra el terror”. Esto aceleró tendencias ya preexistentes, pero lo más destacado fue el ambiente de guerra que se extendió por Occidente, a partir de la Patriot Act en los Estados Unidos, la proliferación de expertos en “defensa y seguridad” en algunas facultades universitarias o en todo tipo de think tanks. Al margen de la eficacia real de todo ello para prevenir la amenaza terrorista, ese ambiente generaba un “enemigo interior” y una militarización de la sociedades, que eran caldo de cultivo para la reactivación del neofascismo. Todo lo cual, por otra parte, se vivía con una cierta comodidad cotidiana por la ciudadanía, habida cuenta de que todo aquello, supuestamente, era una “guerra de cuarta generación” (4GW o Fourth Generation War). En palabras de Martin Van Creveld, uno de sus máximos teóricos, los nuevos conflictos de baja intensidad hacían que el Estado perdiera el monopolio de la violencia pasando ésta a ser ejercida por entidades étnicas, bandas criminales, guerrillas, grupos paramilitares, milicias políticas, terroristas y toda una serie de tácticas a veces virtuales que desregulaban el conflicto bélico¹².

Otro efecto, muy poderoso, derivado de los atentados del 11-S fue el desencadenamiento de una verdadera oleada de islamofobia. En tal contexto, la publicación del libro *Eurabia. The Euro-Arab Axis* de la periodista Bat Ye’or (Giselle Littman) en el año 2005, generó un antes y un después. La autora, británica de origen judío egipcio, pronosticaba una Europa transformada por una Europa dominada por la cultura islámica a partir de la invasión silenciosa que suponía la inmigración. La política exterior de esa nueva Eurabia sería manifiestamente anti-americana y anti-israelí, reforzando la imagen de una Europa cuya política de integración podría llevar hacia una nueva forma de sovietismo¹³, un espantajo agitado por la cultura popular anglosajona. Lo interesante del fenómeno Eurabia fue que contribuyó a que una parte de la ultraderecha europea arrinconara sus prejuicios antisemitas y los reconvirtiera en antimusulmanes. Por supuesto, los ultras y nazis “duros” y tradicionalistas continuaron siendo antisemitas, quizá doblado

¹² Van Creveld (1991)

¹³ Boukovsky (2005)

ese sentimiento en antimusulmanes, sobre la base del supremacismo blanco o el cristianismo ultramontano. Pero ahora apareció otra facción que admiraba a Israel como paradigma de eficacia en la lucha contra los árabes en general y los islamistas radicales en particular. O contra cualquier enemigo del grupo ultraderechista en cuestión. Un buen ejemplo de la nueva simbiosis lo tenemos en el Regimiento Azov, de paramilitares neonazis, integrado en el Guardia Nacional ucraniana y uno de cuyos espónsos era el oligarca judío y gobernador de la región de Dnepropetrovsk, Ilhor Kolomoyskyi. El cual, por cierto, subvencionaba también varias unidades de paramilitares ultras, tales como los batallones Aïdar, Donbass, Dnepr-1 y Dnepr-2. No era una mera coincidencia de pertenencia religiosa: Kolomoyskyi era presidente de la Comunidad Judía Unida Ucraniana y del Consejo Europeo de Comunidades Judías, lo que provocó no pocas protestas de otras organizaciones judías europeas ante la forma en que se realizó el nombramiento y el énfasis en problemáticas propias del Estado de Israel que trajo consigo¹⁴.

A pesar de todo ello, con el final de las guerras de secesión yugoslavas en 2001, el neofascismo armado pareció desaparecer del mapa europeo. En cambio, la ofensiva neoliberal hacia el Este reactivó el nacionalismo duro, tanto con las denominadas “revoluciones de colores” en las repúblicas ex soviéticas, entre 2003 y 2005, como con la ampliación de la Unión Europea entre 2004 y 2007. Ambos fenómenos –sobre todo en el primer caso– intentaban recuperar el estilo y el sentimiento de las “revoluciones cívicas” de 1989 y en parte, su objetivo final era reconducir a Rusia hacia el experimento neoliberal vivido en tiempos de Yeltsin y Gaidar. Pero, aparte de que se basaban en un modelo que incorporaba una fusión contranatura, como era la “revolución del bulldozer” en la Serbia del año 2000, reactivó los ultranacionalismos en Ucrania y Georgia y de paso, hizo lo mismo con el ruso. Todo ello desembocaría en las guerras de Georgia (2008) y Ucrania (2014).

La ampliación hacia el Este de la UE tuvo como consecuencia la llegada al Parlamento Europeo, desde los nuevos socios, de unos partidos nacionalistas claramente ultras, cuando no neofascistas, que no solían pulir sus modales agresivos o, cuanto menos, políticamente incorrectos. Además, estas formaciones constituyeron grupos propios en la cámara, tales como Unión para la Europa de las Naciones o Independencia/Democracia, coexistiendo a veces con partidos ajenos a esas tendencias ultras. Tal fue el caso del PiS (Ley y Justicia) polaco en la legislatura de 2004, por ejemplo. Sin embargo, la nueva presencia de los ultras del Este empezó a notarse a partir de las elecciones de 2009. Coincidiendo

¹⁴ “A necessary putsch?”, por Ben Hartman en: *The Jerusalem Post*, 29/10/2010 [Consultable en red] : <http://www.jpost.com/Features/Front-Lines/A-necessary-putsch>

con la incorporación de Rumania y Bulgaria en 2007, desembarcaron en el Parlamento Europeo formaciones como el Partido de la Gran Rumania (PRM) y Ataka, que pronto se harían célebres por su lenguaje rudo y una xenofobia antigitana casi exhibicionista. Con todo, en esa misma legislatura se incorporaron otros grupos ultras, socialistas-nacionales y neofascistas del Este, como el Partido Nacional Eslovaco y el Jobbik húngaro, fundado en 2003.

Obviamente, el ascenso de las opciones ultras en los parlamentos europeos no había comenzado por entonces, sino más de una década antes. Ya en 1994 se puede constatar el auge de este tipo de partidos en las elecciones de ese año y el de algunos líderes carismáticos, ya plenamente definidos: el Vlaams Blok en Bélgica, el FPÖ en Austria, con Jörg Haider al frente, la consolidación de Alianza Nacional en Italia, por obra de Gianfranco Fini –personaje central en las coaliciones de derechas que arrasan en las elecciones italianas de 1994–, el Frente Nacional que obtiene por primera vez un 5,8% de los votos en la segunda vuelta de las elecciones a la Asamblea Nacional, la fundación del UKIP en 1993. Era lógico: el hundimiento del bloque soviético, la crisis de la izquierda comunista en toda Europa, el discurso en torno a las “revoluciones cívicas” en Europa del Este y de la lucha armada contra los supuestos restos del comunismo en Yugoslavia, el arranque de la inmigración masiva en todo el continente. Todo ello no podía sino tirar del voto ultra. Pero dentro de todo, ascendía una “ultraderecha de centro”, parlamentarista, de maneras educadas, con líderes supuestamente modernos – recordemos la homosexualidad del holandés Pim Fortuyn – abiertos a las coaliciones y tendentes a rebajar el perfil ultra de sus recompuestas formaciones.

La oleada de islamofobia que siguió a los atentados del 11-S de 2001, además de los debates sobre la candidatura de Turquía a la UE, en lo cual intervino el mismo papa Benedicto XVI (2005-2013) incluso siendo cardenal Ratzinger, influyeron en el nuevo empuje parlamentario de esa renovada ultraderecha. Pero la gran oleada de la ultraderecha europea se vivirá a partir de 2010; y en ese auge parece haber tenido cierta responsabilidad la llegada al centro de la UE de una ultraderecha procedente del Este, mucho más arisca y combativa que su contrapartida occidental, más descarada y trasnochada, pero con una pegada más contundente. Porque además está apoyada en mayores consensos sociales – lógico, dado que en sus países de origen la izquierda histórica ha desaparecido – y reivindica heridas de guerra recientes. Un buen ejemplo de su influencia se puede encontrar en el lugar que ocupaba en el imaginario político del ultra noruego Anders Breivik, autor de la matanza de la isla de Utøya, en julio de 2011, que de-

claró haberle sido inspirada por la mentalidad de “cruzados” de los nacionalistas serbios, especialmente bajo los ataques de la OTAN en 1999¹⁵.

Breivik fue una especie de síntesis en la evolución de la ultraderecha europea en los primeros años del siglo XXI: era un neonazi escandinavo, con todos los prejuicios raciales y políticos clásicos que ello conllevaba –incluyendo el rechazo violento de la izquierda – aunque incorporaba el odio al Islam. Y era a la vez un activista violento, un “lobo solitario”, que recogía la tradición terrorista de la ultraderecha europea de los años setenta del siglo XX y reivindicaba los mitos combativos del ultranacionalismo balcánico de los noventa, denunciando a la Unión Europea y la OTAN. Pero no por ello era filosisionista. En cierta manera, también hacía suyos los métodos de los “lobos solitarios” yihadistas, pero aportando, supuestamente, un plus de eficiencia mortífera supremacista blanca.

Con todo Breivik no era una personalidad políticamente aislada, sino un militante activo y responsable local del *Fremskrittsparti* o Partido del Progreso. Todavía más llamativo: aunque esa formación vió cómo se hundía su popularidad tras el atentado de Utøya, se recuperó en las elecciones parlamentarias de septiembre de 2013, obteniendo el 16,3% de los votos¹⁶. Y no sólo eso, sino que diversos sectores de la ultraderecha noruega denunciaron que la izquierda internacional estaba utilizando el proceso de Breivik para censurar los debates sobre la inmigración musulmana y cercenar la libertad de expresión¹⁷.

Todo este torbellino coincidía con el auge de los partidos ultras en Noruega, Dinamarca, Suecia y Finlandia y destapaba la caja de las miserias sociales y políticas del mundo nórdico, siempre bajo el férreo control de las propias normas sociales. Las elevadas tasas de violencia de género¹⁸, los sentimientos xenófobos, el extremismo y el parroquinianismo se revelaban ahora lo que parecía una inquietante continuación histórica de políticas como la práctica de la eugenesia en Suecia, que entre 1935 y 1975 supuso la esterilización forzada de unas 12.000

¹⁵ “Anders Behring Breivik attacks inspired by Serbian nationalists, court hears”, by Helen Pidd [Oslo], *The Guardian*, 18 Abril 2012 [Consultable en red]

<http://www.theguardian.com/world/2012/apr/18/anders-behring-breivik-serb-nationalists>

¹⁶ Booth (2017): p. 217

¹⁷ *Ibíd.*, p. 220. El artículo de Bruce Bawer, periodista Americano afincado en Noruega, se hizo célebre exponiendo esta línea argumental: “After the Oslo Massacre, an Assault on Free Speech”, *The Wall Street Journal*, February 7, 2012

¹⁸ “Describen la ‘paradoja nórdica’: la mayor igualdad de género con los más altos índices de violencia de pareja europeos”, *Universitat de Valencia*, 6 de mayo, 2016 [Consultable en red]

personas¹⁹. Así, al margen de la xenofobia anti-musulmana, en auge en todo el bloque nórdico, en Suecia crecía el antisemitismo – especialmente en torno a la ciudad de Malmö²⁰ – y un nutrido contingente de voluntarios acudía a combatir a favor del bando gubernamental ucraniano²¹.

De esa forma, los países nórdicos tuvieron su propio papel en el auge de la ultraderecha europea; en parte con su contribución genuina, pero también al intervenir de una forma u otra en el ámbito del eje Báltico-Mar Negro, lo cual no era ajeno al intento de reconstruir el viejo proyecto estratégico *Międzymorze* o *Intermarium* ideado por Józef Piłsudski en los años de entreguerras. De esa forma, los nórdicos –y muy en especial los suecos– actuaron a su vez como intermediarios en el proceso de transferencia del influjo de los ultranacionalistas desde el Este de Europa, al interactura sus propios procesos socio-políticos internos con y en el estímulo exterior que supuso la desintegración del espacio soviético.

La eclosión ultranacionalista parlamentaria de 2014 y 2015

En muchos sentidos, Breivik era un símbolo de la nueva ultraderecha hiperviolenta que estaba surgiendo. En otros, era la excepción que confirmaba la regla. Lo habitual en la Europa azotada por la Gran Recesión, era el auge de partidos ultras de masas que ganaban más y más apoyo social con un discurso euroescéptico e izquierdizante. El año 2010 fue la nueva fecha de partida, porque por entonces salió a la luz la crisis de la deuda soberana en Grecia, que en el siglo XXI jugó un papel similar al de la bancarrota del austriaco Creditanstalt en 1931: uno y otro suceso “rebotaron” en Europa la crisis financiera originada en los Estados Unidos. A partir de ese momento, toda una serie de partidos ultranacionalistas o de derecha “dura” empezaron a obtener un significativo apoyo social en las elecciones legislativas de sus respectivos países. De este modo, el Partido por la Libertad (PVV) de Geert Wilders se convirtió en 2010 en la tercera fuerza de la cámara baja holandesa y en socio minoritario del Gobierno. El Partido Popular Suizo (SVP), que venía cosechando excelentes resultados desde 1999, obtu-

¹⁹ “Suecia esterilizó a 12.000 indeseables para mejorar la raza”, en: *El País*, 19 de agosto, 1998 [consultable en red]. Desde 1922 existía en Suecia el Instituto de Biología Racial, en Upsala

²⁰ “Malmö, la ciudad más multicultural de Suecia, marcada por antisemitismo”, Terra, 9 de agosto, 2013

²¹ “Ukraine conflict: ‘White Power’ warrior from Sweden”, by Dina Newman, *BBC News*, 16 July 2014 [consultable en red]. “Ukraine: A Country Where Swedish Volunteers ‘Arrest’ Citizens”, in: *Russia Insider*, Mar 6, 2015 [consultable en red]

vo un 26.6% del voto en 2011, y cuatro años más tarde se hizo con la mayoría del Consejo Nacional. En 2012, el Frente Nacional recuperó sus mejores resultados, con Marine Le Pen obteniendo un 17,9% de los votos (casi seis millones y medio) y un 13,6% de votos en las parlamentarias, que no se vieron reflejados en una presencia acorde en la Asamblea Nacional. La escalada del FN continuaría con las municipales y las europeas de 2014, así como las regionales de 2015, en las cuales se convirtió en la primera fuerza política de Francia en votos. Durante el año 2013, el FPÖ austriaco recuperó su potencia electoral y arrastró un 20,5% de los sufragios, convirtiéndose en la principal fuerza de la oposición a la gran coalición de populares y socialdemócratas. Ese mismo año, el Partido del Progreso en Noruega consiguió formar Gobierno con los conservadores, a pesar de ver reducido sensiblemente su apoyo a un 16,3%, con respecto al 22,9% que habían obtenido en las elecciones de 2009.

En Europa Oriental, la extrema derecha consolidó su posición institucional durante estos años. En las elecciones lituanas de 2012, Orden y Justicia obtuvo un 7,31% de los votos. Los sufragios perdidos con respecto a 2008 fueron recuperados por la Unión Agraria, que dos años después se alineó con el grupo de la Europa de las Naciones en el Parlamento Europeo. Mientras tanto, en Bulgaria, Ataka obtuvo un cuarto de millón de votos (un 7,3%) en las elecciones de 2013.

Pero sobre todo, 2014 y 2015 trajeron una abundante cosecha de votos ultras en el Este. En Macedonia, el VMRO-DPMNE batió marcas a escala europea con un 43% (2014). Aunque en apariencia era un partido de derecha nacionalista conservadora, era de hecho un buen ejemplo formación política predispuesta a la contaminación fascista temporal²². Lo había sido el VMRO de los años 20 y 30 del siglo XX, y existían fundadas sospechas de que lo era el VMRO búlgaro de los 90s, conocido como “La Organización”, capaz de movilizar recursos propios para intervenir en Macedonia a la altura de 1999, durante la guerra de Kosovo²³. En todo caso, el gobierno del VMRO-DPMNE entraba en la categoría de lo que Steven Levitsky y Lucan A. Way denominaron “autoritarismo competitivo” o régimen híbrido que no logra tener los estándares mínimos habituales para ser considerados democráticos²⁴. También en 2014, el Jobbik húngaro consiguió un 20.2%

²² Referencia a la concepción de Palmiro Togliatti en su obra *Lezioni sul fascismo* (Roma, Editori Riuniti, 1970), según la cual el fascismo puede “infiltrar” o “teñir” a cualquier partido o movimiento político en un momento dado, de forma transitoria y en intensidades diversas. Por lo tanto, el fascismo puede ser (y suele ser) una opción pasajera para un movimiento o partido previamente constituido con otras tendencias ideológicas.

²³ Entrevista de Francisco Veiga con el diputado Anatoly Velichkov, Parlamento de Bulgaria Sofía, enero de 1999

²⁴ Steven Levitsky y Lucan A. Way (2010): 125-126; Steven Levitsky y Lucan A. Way (2004) para una definición extensa del concepto teórico.

del voto; Alianza Nacional “¡Todos por Lituania!” obtuvo un 16,6%; y Demócratas Suecos, un 12,9%.

La escalada continuó en 2015: Ley y Justicia (PiS) en Polonia: 37,6%; Partido Popular Danés: 21,1%; Verdaderos Finlandeses: 17,7%; Partido del Movimiento Nacionalista (MHP) en Turquía: 11,9%; Unión Pro Patria y Res Publica (IIRL) en Estonia: 13,7%; UKIP: 12,6%; Partido Popular Conservador de Estonia (EKRE): 8,1%; Amanecer Dorado, en Grecia: 6,99%

Esta proliferación adquiriría un mayor relieve en la medida en que, por un lado, se reforzaba con los resultados obtenidos por la ultraderecha en las elecciones al Parlamento Europeo, en mayo de 2014. Y por otro coincidía con la crisis ucraniana, que precisamente alcanzó sus cotas de mayor dramatismo en ese año y el siguiente.

En el primer caso, quedaba demostrado que el Parlamento Europeo, hasta entonces considerado por una parte de la ciudadanía como un foro político marginal y lejano, había adquirido un protagonismo inesperado como Lebensraum y campo de batalla de la ultraderecha, que conseguía importantes resultados. Así, el Frente Nacional ganó las elecciones en Francia, obteniendo 24 escaños de un total de 74 con un 26% de los votos; al igual que el UKIP, con el 29% de los sufragios, y 24 de 73 escaños del Reino Unido; y el Partido Popular danés, con el 26,6%. Mientras tanto, el FPÖ austriaco fue tercero, con el 19,72%; el Jobbik húngaro, segundo con 14,68%; Orden y Justicia (TT) de Lituania, cuarto con el 14,27%, en un sistema de partidos muy fragmentado; la Alianza Nacional “Todo para Letonia”, segunda con el 14%; y Verdaderos Finlandeses, terceros con el 12,90% de los votos²⁵. La victoria del HDZ croata (perteneciente al Partido Popular Europeo) – con un contundente 41,4% – permitió la obtención de un escaño a un socio de coalición escindido del extremista Partido Croata de los Derechos²⁶.

El desembarco masivo de la ultraderecha en el Parlamento Europeo generaba la sensación de que a partir de ese momento los partidos de ese signo iban a actuar más o menos conjuntamente –aunque pertenecieran a agrupaciones diferentes; y si no lo hacían aposta, al menos los medios de comunicación y foros políticos rivales así lo veían. Como mínimo parecían ir camino de adquirir, en un futuro inespecífico pero posible, una consistencia similar a la de los partidos po-

²⁵ “European elections: results from across Europe”, en *The Guardian*, 25 de mayo, 2014 [Consultable en red] <http://www.theguardian.com/politics/ng-interactive/2014/may/25/european-elections-results-across-europe-eu-parliament>.

²⁶ European Parliament, *Results of the 2014 European Elections. Results by Country – Croatia* [Consultable en red] <http://www.europarl.europa.eu/elections2014-results/en/country-results-hr-2014.html>

pulares o socialistas y demócratas, quizá dentro de los Conservadores y Reformistas (ECR, en el que el PiS polaco poseía un rol preponderante), quizá como un nuevo grupo. Al fin y al cabo, les unía a casi todos su euroescepticismo. Mientras tanto, una parte de ellos se agrupó a mediados de 2015 en el grupo de la Europa de las Naciones y de la Libertad, liderado por Marine Le Pen, y otra parte continuó como no inscrito.

Eso indicaba, a su vez, que en Bruselas se hacía política, que el Parlamento era un ámbito con vida propia en el cual interactuaban tendencias de toda Europa, y que la Comisión podía entrar en esa dinámica en algún momento. Y por lo tanto, las ultraderechas del Este, el Oeste y el Centro habían experimentado mutuas interinfluencias, aunque fueran difíciles de calibrar. De la misma forma, el Parlamento podía convertirse en teatro de fusiones antinaturales, a la manera rusa o balcánica, a partir de coincidencias programáticas, que iban desde la política social a la política exterior, lo que suponía elaborar estrategias que iban más allá de votaciones coincidentes en algunos asuntos. Al menos eso podría derivarse de experiencias concretas que se estaban produciendo en los países miembros de la UE: por ejemplo, la inclusión de un ministro de Defensa procedente de Griegos Independientes (ANEL) en los gobiernos de SYRIZA –el mismo líder de la formación, Panos Kamenos – en los gobiernos sucesivos de 2015, tras las elecciones de enero y septiembre. El mutuo apoyo entre dos formaciones de signo completamente opuesto se produjo, al menos en el primer gobierno, para que este partido de la izquierda pudiera formar gobierno, ya que se había quedado a dos escaños de la mayoría absoluta. Si bien la posición subordinada de ANEL y su fuerte componente personalista fueron factores que facilitaron el pacto, la coalición griega no dejaba de proyectar aspectos programáticos comunes entre dos organizaciones en las antípodas ideológicas.

Conclusion: el crisol ucraniano

La crisis de Ucrania vino a ser la conclusión a un cuarto de siglo de evolución del nuevo fenómeno de ultraderecha y neofascismo surgidos del final de la Guerra Fría: fue puerto de llegada, pero también crisol donde se fundieron los diversos elementos que se habían ido configurando en esos años. De forma dramática e intensa, en muy pocas semanas, se activó un conflicto en el que confluían todos los componentes que habían venido alimentando el crecimiento del fenómeno de la ultraderecha europea desde 1991: estados débiles, externalización de la defensa y la seguridad, ejércitos paramilitares y milicianos, voluntariado internacional, *warlordism*, mafias, reclutamiento de combatientes en clubs de fútbol²⁷,

²⁷ Los clubs cantera fueron los del Dynamo de Kiev, Metalist de Jarkiv y Sajtar de Donetsk. Vid.: “Ukraine’s far right forces”, by John Færset, in: *Hate Speech International*, February 3, 2015 [consultable en red]: <https://www.hate-speech.org/ukraines-far-right-forces/>

inducción estratégica, y mucha economía canalla. Ante este descomunal cortocircuito, en un periodo muy breve, a partir de las semanas finales de 2013, la ultraderecha europea giró en bloque hacia esa crisis, posicionándose de una u otra forma. Por lo tanto, una vez más, fue la influencia de las fuerzas políticas y paramilitares la que tuvo un enorme impacto en la ultraderecha occidental, mucho más que los laberintos de influencia ideológica

El hecho de que volvieran a proliferar las milicias y grupos paramilitares neonazis y de ultraderecha, como durante las guerras de Yugoslavia, veinte años atrás, ya incorporó una llamada al combate que hacía irresistible este conflicto para los grupos, partidos y movimientos europeos afines. Como había sucedido durante las guerras de secesión yugoslavas, los ejércitos regulares resultaban inadecuados o colapsaron y hubo que echar mano de las unidades de voluntarios, respaldadas por el gobierno ucraniano o el ruso, por oligarcas o incluso por potencias extranjeras. El gobierno de Kiev reorganizó sus fuerzas armadas dando un énfasis destacado a los batallones de defensa territorial de la Guardia Nacional, compuesto por una cantidad creciente de unidades paramilitares a base de voluntarios. No sólo eso, también se organizaron fuerzas parapoliciales o de seguridad en todo el territorio del Estado. No faltaron algunos casos de cometidos territoriales específicos, como el del Batallón Prykarpattya, compuesto por voluntarios de la región Transcarpática y con el cometido de seguridad interior en esa zona donde existía un movimiento secesionista pro-magiar. Este tipo de unidades, sin embargo, tendían a admitir todo tipo de voluntarios, incluso extranjeros. Algunas de las primeras unidades, las más explícitamente politizadas, como el Batallón Azov, claramente neonazi y dependiente de la Asamblea Socialista-Nacional de Andriy Biletsky²⁸, contó con combatientes de ideología afín procedente de diversos países, sobre todo suecos. Pero hubo otras unidades, célebres por su explícita ideología ultranacionalista –los Batallones Donbass, Aidar, Batkivshchyna, Dnipro, Sich- y neofascista –Pravi Sektor- con voluntarios franceses, canadienses, eslovacos, italianos y, aunque parezca sorprendente, bastantes rusos y bielorrusos.

Frente a ellos, los rebeldes filo-rusos del Donbass, se constituyeron como Fuerzas Armadas Unidas de Novorosiya, totalmente bajo un sistema de milicias y unidades paramilitares, aunque contaran con el apoyo puntual y clandestino de unidades del Ejército ruso. La creación de hasta treinta batallones y brigadas independientes para un territorio tan exiguo como los oblast de Donetsk y Lugansk se explica por la importante afluencia de voluntarios: de toda Rusia y el

²⁸ Biletsky fue, de hecho, líder de la ASN y del Batallón Azov, al mismo tiempo. Vid.: “Ukraine’s far right forces”, by John Færset, in: *Hate Speech International*, february 3, 2015 [consultable en red]: <https://www.hate-speech.org/ukraines-far-right-forces/>

Cáucaso, cosacos y extranjeros. De hecho, se crearon unidades de combate internacionales: la Legión de San Esteban (húngaros), el destacamento Jovan Šević (serbios), Amanecer Ortodoxo (búlgaros) o Unité Continentale (franceses, serbios y brasileños). Y, por supuesto, como en el bando ucraniano, no faltaron unidades explícitamente neonazis, como los combatientes afiliados a la Unión Nacional Rusa de Barkasov, o ultraderechistas de diversas corrientes, como los nacional bolcheviques del Batallón Zarya, los ultraconservadores del Ejército Ruso Ortodoxo y hasta los neopaganos eslavos o *rodnover*, que combatían en la Brigada Vostok o la Compañía Rusich.

En conjunto, la marea de unidades paramilitares y milicianas compuestas por ultraderechistas y neofascistas sobrepasaba ampliamente en cantidad, calidad y variedad a lo que se había visto durante las guerras de secesión yugoslavas. Con el añadido, turbador para los observadores occidentales, de que se combatían entre sí (a veces con ajustes de cuentas dentro del mismo bando) y englobaba ocasionalmente a militantes izquierdistas, especialmente en el bando rebelde. En tal sentido, se puede decir que el conflicto del Donbass fue la primera guerra con un componente de “fusión antinatural”, con unidades en las que ocasionalmente las banderas rojas aparecían hermanadas con las ultranacionalistas, en la mejor tradición “fusión” de los años 90s. Con todo, fue básicamente un choque militar entre grupos ultranacionalistas y neofascistas de diferente nacionalidad, con la curiosa participación colateral de algunas izquierdas “despistadas”. Esto fue muy difícil de asumir para periodistas y analistas occidentales: se suponía que el fascismo converge históricamente hacia alguna forma de Internacional Negra reproduciendo un supuesto frente unido contra el otro frente unido de la democracia o el socialismo. Sin embargo, los choques armados entre grupos ultranacionalistas o fascistas no han sido raros en la historia. Cabe recordar que la Polonia que se enfrentó al Tercer Reich en septiembre de 1939 era la del mariscal Rydz-Śmigły una “dictadura sin dictador” como se decía en la época. La guerra de 1940-1941 enfrentó a la Italia de Benito Mussolini con la Grecia del general Ioannis Metaxás y su régimen fascista de la Tercera Civilización Helénica. Entre marzo y abril de 1939, Hungría y Eslovaquia, dos regímenes autocráticos aliados de Hitler se enfrentaron en un breve pero sangriento encontronazo, cuando ni siquiera había estallado la Segunda Guerra Mundial.

Por otra parte, escenario de la crisis ucraniana también resultaba muy turbador para la ultraderecha internacional, que se vio obligada a posicionarse de forma ineludible. El combate parecía decisivo y quien no saliera en la foto podría quedar relegado o incluso desaparecer de los escenarios políticos. Pronto se pudo comprobar que el problema residía en qué escenario actuar.

Básicamente los ejes de opción fueron dos: a favor o en contra de las ultraderechas hermanas, ucraniana o rusa; alineamiento con posiciones renovadas (en la línea de aceptar el paraguas de la OTAN, el apoyo de Israel o los objetivos estratégicos de los Estados Unidos)²⁹; o con las tradicionales, con el consiguiente rechazo de los “lobbies masónicos y anti-cristianos”, del sionismo, etc.³⁰ Lo interesante del caso es que se llegaron a producir cambios y deslizamientos de una opción hacia otra durante el mismo desarrollo de la guerra: inicialmente a favor del bando de la ultraderecha ucraniana (muy identificado, casi por necesidad, con el posicionamiento renovado) para dar después un vuelco hacia Rusia, a la que se veía como un referente más tradicional y que contaba con el elástico marco del eurasianismo.

La actitud del gobierno de Moscú y de la ultraderecha rusa a toda una serie de grupos ultras y neofascistas europeos, pero también radicales de izquierdas, hizo sonar todas las alarmas en Occidente. Ciertamente, era llamativo que ni los rusos ni parte de los implicados negaran esa proximidad. Todo lo contrario. En un debate emitido en español por la cadena rusa RT en febrero de 2015, los invitados discutían hasta qué punto los “partidos emergentes” configuraban un nuevo mapa político en Europa. Bajo esa definición se agrupaban: Front National, SYRIZA, UKIP, Movimiento 5 Stelle, Podemos y Alternative für Deutschland³¹. Por entonces no era ningún secreto que Front National o Lega Nord mantenían buenas relaciones con Moscú e incluso recibían subvenciones de esa procedencia³²; tampoco hacían mayores esfuerzos por ocultarlo. En el mencionado debate, el politólogo y diplomático español José Ignacio Torreblanca recordaba que “la victoria de SYRIZA en Grecia fue bienvenida en el Front National”.

²⁹ Los medios de comunicación internacionales de las más variadas tendencias políticas han venido ofreciendo numerosos reportajes sobre el fenómeno: “Israel’s love-in with Europe’s new Nazis” por Asa Winstanley, en: *Memo. Middle East Monitor*, 06 March 2014 [consultable en red]; AlterNet publicó varios reportajes de denuncia: “Is the U.S. Backing Neo-Nazis in Ukraine? Exposing troubling ties in the U.S. to overt Nazi and fascist protesters in Ukraine”, por Max Blumenthal, *Alternet*, February 24, 2014; “How the Israel Lobby Protected Ukrainian Neo-Nazis. Rep. John Conyers wanted to block U.S. funding to neo-Nazis in Ukraine. But the ADL and Simon Wiesenthal Center refused to help” por Max Blumenthal, *Alternet*, November 18, 2014

³⁰ Savino, Giovanni (2015): posición 2854

³¹ “‘Tema abierto’ de RT analiza el trazo de los partidos nuevos en el mapa político de Europa”, RT, 19.02.2015 [Consultable en red]

³² “La Russia ora flirta con Matteo Salvini. Ma agli Usa non piace l’alleanza Lega-Putin”, en: *L’Espresso*, 22.06.2015 [Consultable en red] “Rusia financia a Le Pen y otros partidos de la ultraderecha” por María Díaz Valderrama, en: *ctxt*, 3.06.2015 [consultable en red]

A pesar de ello, no tardó en hablarse de conspiración a gran escala³³, de un frente más en la “guerra híbrida” supuestamente desarrollada por Rusia, principalmente en torno a Ucrania pero que iba más allá. Se denunciaron las nuevas capacidades de la propaganda rusa, una renovada habilidad en la ciberguerra global³⁴ y, en general, reapareció el fantasma de la financiación desde Moscú. Lo que si era cierto era que desde la capital rusa también se estaban marcando nuevas tendencias para la ultraderecha occidental: se ofrecían los modelos propios –especialmente el eurasianismo– como alternativa a algunos de los mitos de la ultraderecha occidental durante la Guerra Fría³⁵ (como el atlantismo) o las más recientes tendencias soft pro-americanas e israelíes; y se alimentaba la estrategia de las “fusiones antinatura” (el sistema político ruso tenía una cierta tradición). Esto último era muy importante, porque se puede decir que la ultraderecha rusa (y buena parte de la de Europa del Este) se convertía en un referente en la estrategia de ocupar el espacio de la izquierda en decadencia.

Mientras tanto, la campaña de denuncia emprendida desde Occidente –muy virulenta en su tono, sobre todo en redes sociales– no era sino una forma de caer en la propia trampa. Entre 1991 y 2008 –fecha de la guerra de Georgia– el discurso del New World Order impulsado por los vencedores de la Guerra Fría, y muy especialmente por los Estados Unidos, había insistido una y otra vez en unos leit-motifs que Moscú empezó a utilizar en su contra, coincidiendo con la debacle económica, pero continuando con la guerra de Georgia. La crisis de Ucrania fue la eclosión en toda regla: para el presidente Putin, el separatismo de los rusos de Crimea era comparable al de los albaneses de Kosovo; la federalización de Bosnia en 1995 era casi un ejemplo de cómo la federalización de Ucrania, y más concretamente de la región del Donbass, podría ser una salida al conflicto bélico. En ese contexto, el apoyo de Moscú a determinados partidos occidentales, en base a sus intereses geoestratégicos, era perfectamente asimilable al que Washington había dado a determinados partidos durante las “revoluciones de colores” o las intervenciones en los Balcanes occidentales. Si los americanos o los alemanes habían respaldado públicamente a líderes neofascistas como Oleg Tiagnibok, cabeza del partido Svoboda, ¿por qué Moscú no podía apoyar a Marine Le Pen? Si Estados Unidos había defendido a capa y espada a un Mijeil Saakhasvili en Georgia o un Hashim Thaçi en Kosovo, ¿por qué los rusos no podían apostar por Viktor Yanukovich o por qué habían tenido que sacrificar incluso a Slobodan Milošević?

³³ “Russia accused of clandestine funding of European parties as US conducts major review of Vladimir Putin's strategy”, en: *The Telegraph*, 16.01.2016 [Consultable en red]

³⁴ Soldatov, Andrei; Borogan, Irina (2015)

³⁵ De hecho, Aleksandr Dugin había incorporado inicialmente importantes influencias de la ultraderecha y el neofascismo occidentales, que sirvieron para configurar su propia oferta ideológica. Shekhovstov (2015)

Ahora bien: una clave importante para entender la aparente complejidad generada por el conflicto ucraniano pasa por desechar la reiterada explicación de que formaba parte de una Nueva Guerra Fría, concepto ya puesto en circulación en 2003 desde los Estados Unidos en medio de la ofensiva de las “revoluciones de colores” y que tras convertirse en un sarampión mediático durante el conflicto ucraniano llega ser reivindicado por el primer ministro ruso, Dimitri Medvedev en 2015. En realidad no había tal Guerra Fría, en el sentido de que no se producía ningún enfrentamiento a escala bipolar entre dos grandes opciones ideológicas contrapuestas. Ni la Rusia de Putin era la Unión Soviética, ni se enfrentaban socialismo y capitalismo. Precisamente, la victoria electoral de Donald Trump en 2016, marcó un punto de inflexión en ese sentido, al demostrar que la supuesta “nueva Guerra Fría” surgía de tensiones políticas en el interior del propio sistema político estadounidense.

Ucrania fue un choque de nacionalismos, tal como los nuevos modelos del ultranacionalismo habían ido evolucionando desde 1991. Y en ese contexto, Moscú apoyaba a una ultraderecha europea que no era anti-rusa, mientras que Washington –y otras cancillerías de la UE– respaldaban a gobernantes anti-rusos que eran algo más que “regímenes híbridos” o “autoritarismos competitivos”, así como a partidos ultraderechistas. Y eso a lo largo de todo el proyecto de cinturón aislante que eran los países del Báltico al Mar Negro, respaldados por políticos simpatizantes o partidos afines en Escandinavia.

Más allá de eso, la historia del éxito de los modelos ultras del Este comportaba también cierto grado de fracaso de sus homólogos occidentales. En tal sentido, la ultraderecha europea acudía al Este, más que a la inversa. En ello jugaban factores ideológicos, pero sobre todo el hecho de que en el Este la ultraderecha había liquidado prácticamente a la izquierda – en parte por fusión y absorción –, logrando tomar el poder en algunos países. Además, se había movilizado tomando las armas; y, sobre todo, actuando sin disimulo, reivindicaba incluso, abiertamente, su pasado. En tal sentido, la victoria electoral de Donald Trump en los Estados Unidos, en noviembre de 2016 pareció inaugurar una nueva era para la ultraderecha europea y de otras zonas del mundo, al proveer de unos modelos de comportamiento – más que ideológicos – de alcance universal, sólo por el hecho de ser estadounidenses. Pero también porque puso en cuestión el esquema de continuidad de un mundo bipolar heredado de la Guerra Fría y que se había mantenido contra viento y marea durante la Posguerra Fría. Eso, junto con la clara obsolescencia de la izquierda política en Europa, la proliferación de conflictos armados incontrolados así como de la Gran Recesión de 2008 y su superación – consecuencia todo ello del fracaso del esquema planeado por los vencedores de la Guerra Fría en 1991 –, así como el replanteamiento de las relaciones

entre Europa, Estados Unidos y Rusia, y el desafío de replantear la estructura de la UE, abrieron una nueva era en la que el Este no quedó marginado, bien al contrario.

Bibliografía y referencias

Biró, Daniel (2015), “Warlord Governance”, en: Raford & Trabulsi (2015): pp. 51-65

Booth, Michael (2017), *Gente casi perfecta. El mito de la utopía escandinava*, Madrid, Capitán Swing Libros

Boukovsky, Vladimir (2005), *L’Union européenne, une nouvelle URSS?*, Monaco, Éd. Du Rocher

Dugin, Alexander (2015), *Last War of the World Island. The Geopolitics of Contemporary Russia*, London, Arktos

Duncan, Peter J. S. (2002), *Russian Messianism. Third Rome, revolution, Communism and after*, London & New York, Routledge

Eatwell, Roger & Mudde, Cas (Eds.) (2004), *Western Democracies and the New Extreme Right Challenge*, London and New York

Ellinas, Antonis A. (2010), *The Media and the Far Right. Playing the National Card*, Cambridge University Press

Eltchaninoff, Michel (2016), *En la cabeza de Vladímir Putin*, Barcelona, Libbooks

Foer, Franklin (2009), *How Soccer Explains the World. An Unlikely Theory of Globalization*, Harper Collins e-books

González-Villa, Carlos (2014) *Un Nuevo Estado para un Nuevo Orden Mundial: Una (re)Lectura del Proceso Soberanista Esloveno* [tesis doctoral], Universidad Complutense de Madrid, 2014

Kershaw, Ian (2011), “Ghost of Fascist Past”, *The National Interest*, Nr. 112, March/April 2011 [Kindle Edition]

Kuhn, Gabriel (2011), *Soccer vs. the State. Tackling Football and Radical Politics*, Oakland, PM Press

Laruelle, Marlène (2008), *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*, Woodrow Wilson Center Press (Washington) & The John Hopkins University Press (Baltimore)

Laruelle, Marlène (2009a), *In the Name of the Nation. Nationalisms and Politics in Contemporary Russia*, New York, Palgrave MacMillan

Laruelle, Marlène (ed.) (2009b), *Russian Nationalism and the National Reassertion of Russia*, London & New York, Routledge

Laruelle, Marlène (ed.) (2015), *Eurasianism and the European Far Right. Reshaping the Europe-Russia Relationship*; Lanham, Boulder, New York, London, Lexington Books

Lee, Martin A. (2000), *The Beast Reawakens*, New York & London, Routledge

Levitsky, Steven; Way, Lucan A., (2004), "Elecciones sin democracia. El surgimiento del autoritarismo competitivo", *Estudios Económicos*, nr. 24; Medellín, enero-junio 2004; pp. 159-176

Levitsky, Steven; Way, Lucan A., (2010), *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes after the Cold War*, Cambridge University Press

Littman, Giselle (2005). *Eurabia: The Euro-Arab Axis*, Fairleigh Dickinson Univ Press

Lo, Bobo (2015), *Russia and the New World Disorder*, London & Washington, Chatham House & Brookings Institution Press

Mareš, Miroslav & Stojar, Richard (2012), "Extreme-right paramilitary units in Eastern Europe", en: Mammone, Andrea; Godin, Emmanuel & Jenkins, Brian (eds.) (2012): pp. 159-172

Mammone, Andrea; Godin, Emmanuel & Jenkins, Brian (eds.) (2012), *Mapping the Extreme Right in Contemporary Europe. From Local to Transnational*, London & New York, Routledge

Morell, Michale y Harlow, Bill (2015), *La gran guerra de nuestro tiempo. La "Guerra contra el terror" contada desde dentro de la CIA, de Al Qaeda a ISIS*, Barcelona, Crítica.

Mudde, Cas (2000), *The ideology of the extreme right*, Manchester University Press

Mudde, Cas (Ed.) (2005), *Racist Extremism in Central and Eastern Europe*, London & New York, Routledge

Mudde, Cas (2007), *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge University Press

Raford, Noah; and Trabulsi, Andrew (eds.) (2015), *Warlords, Inc.: Black Markets, Broken States, and the Rise of the Warlord Entrepreneur*, North Atlantic Books

Savino, Giovanni (2015), "From Evola to Dugin", en: Laruelle, Marlene (2015): pos. 2418-3199

Soldatov, Andrei and Borogan, Irina (2015), *The Red Web: The Struggle Between Russia's Digital Dictators and the New Online Revolutionaries*, Public Affairs

Shenfield, Stephen D.(2001), *Russian Fascism. Tadtions, Tendencies, Movements*, Armonk, New York & London, M. E. Sharpe

Shekhovtsov, Anton (2015): "Alexander Dugin and the West European New Right, 1989-1994", en: Laruelle (ed.) 2015

Shorrock, Tim (2008), *Spies for Hire. The Secret World of Intelligence Outsourcing*, New York, Simon Schuster

Francisco Veiga (1997), "On the Social Origins of Ultrnationalism and Radicalism in Romania, 1989-1993", en: Lavinia Stan (ed.), *Romania in Transition*, Darmouth, Aldershot, Hampshire (UK), 1997

Veiga, Francisco (2011), *La fábrica de las fronteras. Guerras de secesión yugoslavas, 1991-2001*, Madrid, Alianza Editorial

Ye'or, Bat (2005). *Eurabia: The Euro-Arab Axis*, Fairleigh Dickinson University Press

Zimbalist, Andrew, *Circus maximus. El negocio económico detrás de la organización de los juegos olímpicos y el mundial de fútbol*, Eds. Akal, 2016